

una representación al síndico procurador de la municipalidad pidiendo que se hiciese efectiva inmediatamente. La municipalidad se negó por unanimidad, porque los representantes del pueblo estaban convocados para resolver esta cuestión. Esta resistencia irritó á Bolívar. Repetida la petición sin mejor resultado, elevóse otra enderezada directamente al Libertador (julio 12). Bolívar, tomando pie de esta tramoya, declaró á Guayaquil en estado de anarquía, y al asumir el mando político y militar, significó á la junta por medio de su secretario que la provincia quedaba bajo la protección de Colombia (julio 13), intimando por medio de un edecán su voluntad á la asamblea popular (11). Al mismo tiempo expidió una proclama en que decía á los guayaquileños: « Os veis reducidos » á la situación más falsa, más ambigua, más absurda para » la política como para la guerra. Vuestra situación era un » fenómeno que estaba amenazando la anarquía. Yo he venido » á traer el arca de la salvación .» Empero, tributando en la forma un homenaje al principio que sostenía San Martín, les aseguraba que su reasunción del mando absoluto en nada coartaba la libertad del voto que pronunciase su representación; pero decretaba imperativamente de antemano, que la anexión era un hecho fuera de cuestión: « Sois colombianos: vuestros votos han sido por Colombia: habéis pertenecido por tiempo inmemorial al territorio que tiene la dicha de llevar el nombre del padre del nuevo mundo; mas yo quiero consultaros, para que no se diga que hay un colombiano que no ama sus sabias leyes. » La junta se dió por notificada y declaró que « cesaba desde luego en el ejercicio de sus funciones gubernativas » (12). Así quedó consumada de hecho

(11) Ceballos: « Resumen de la Hist. del Ecuador », t. III, pág. 404.

(12) « El Patriota » (periódico de Guayaquil) de 13 de julio de 1822 y « Suplemento » del mismo día.

la incorporación de Guayaquil á Colombia. Bolívar hacía lo que podía, y puede decirse lo que debía, para resolver la cuestión y prevenir un conflicto inminente; pero lo hacía mal, sin franqueza en las palabras y con violencia en los actos.

San Martín por su parte se preparaba á ejecutar una maniobra análoga, consecuente con su política y sus declaraciones comprometidas de sostener el voto libre del estado mediatizado. Al efecto, se había hecho preceder por la escuadra peruana, que á la sazón se encontraba en Guayaquil bajo las órdenes de su almirante Blanco Encalada, con el pretexto de recibir la división auxiliar peruano-argentina que desde Quito debía embarcarse en dicho puerto. Ocupada así la ciudad por agua y por tierra, el Protector contaba ser dueño del terreno, para garantir el voto libre de los guayaquileños, y tal vez para inclinarlo á favor del Perú. Pensaba que á su llegada, aun se hallaría el Libertador en Quito, hasta donde era su intención dirigirse, como lo había anunciado, á fin de buscar allí el acuerdo en actitud ventajosa; pero Bolívar « le ganó de mano », según él mismo lo declaró después (13). Los miembros de la disuelta junta de Guayaquil se refugiaron á bordo de la escuadra peruana, á pesar de las instancias del Libertador, poniéndose como vencidos bajo la protección del vencido.

IV

Consumada de hecho la incorporación de Guayaquil, Bolívar, al contestar la carta de San Martín, que le anunciaba su visita, lo invitaba á verle en « el suelo de Colombia », ó á esperarle en cualquier otro punto, envolviendo en palabras

(13) Informe verbal del general Rufino Guido, ayudante de campo de San Martín, quien se las oyó pronunciar al tiempo de retirarse de la entrevista. Véase unos apuntes del mismo (publicados anónimos) en la « Rev. de Buenos Aires », t. XV, pág. 74.

lisonjeras el punto capital, que era « arreglar de común » acuerdo la suerte de la América ». Decíale: « Con suma » satisfacción, dignísimo amigo, doy á usted por la primera » vez el título que mucho tiempo ha mi corazón le ha consa- » grado. Amigo le llamo, y este nombre será el que debe » quedarnos por la vida, porque la amistad es el único título » que corresponde á hermanos de armas, de empresa y de » opinión. — Tan sensible me será que no venga á esta ciu- » dad, como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero » no, no dejará burlada la ansia que tengo de estrechar en » el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de » mi patria. ¿ Cómo es posible que venga usted de tan lejos » para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del » hombre singular que todos anhelan conocer y si es posible » tocar? No es posible. Yo espero á usted y también iré á » encontrarle donde quiera esperarme; pero sin desistir de » que nos honre en esta ciudad. Pocas horas, como usted » dice, bastan para tratar entre militares; pero no serían » bastantes esas mismas para satisfacer la pasión de la amis- » tad que va á empezar á disfrutar de la dicha de conocer el » objeto caro que le amaba sólo por la opinión, sólo por la » fama » (14).

Al firmar Bolívar esta carta el 25 de julio de 1822, á las 7 de la mañana, anuncióse que se avistaba en el horizonte una vela á la altura de un islote elevado á la boca del golfo llama- do « El muerto ». Poco después la goleta « Macedonia », conduciendo al Protector, echaba anclas frente á la isla de Puná, y la insignia que flotaba en su mástil señalaba la presencia del gran personaje que traía á su bordo. Anunciada la

(14) Carta de Bolívar á San Martín de 25 de julio de 1822. M. S. Esta carta, publicada varias veces, existe original en el Arch. San Martín, vol. LXI. M. S.

visita, el Libertador mandó saludarle por medio de dos edecanes, ofreciéndole la hospitalidad. Al día siguiente desembarcó San Martín. El pueblo, al divisar la falúa que lo conducía, lo aclamó con entusiasmo á lo largo del malecón de la ribera. Un batallón tendido en carrera le hizo los honores. Al llegar á la suntuosa casa que se le tenía preparada, el Libertador le esperaba de gran uniforme, rodeado de su estado mayor, al pie de la escalera, y salió á su encuentro. Los dos grandes hombres de la América del Sud se abrazaron por la primera y por la última vez. « Al fin se cumplieron mis » deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado gene- » ral San Martín », exclamó Bolívar. San Martín contestó que los suyos estaban cumplidos al encontrar al libertador del norte. Ambos subieron del brazo las escaleras, saludados por grandes aclamaciones populares (15).

En el salón de honor, el Libertador presentó sus generales al Protector. En seguida emperaron á desfilas las corporaciones que iban á saludar al ilustre huésped, presente el que hacía los honores. Una diputación de matronas y señoritas se presentó á darle la bienvenida en una arenga, que él contestó agradeciendo. En seguida una joven de diez y ocho años, que era la más radiante belleza del Guayas, se adelantó del grupo, y ciñó la frente del Libertador del sud con una corona de laurel de oro esmaltado (16). San Martín, poco acostumbrado á estas manifestaciones teatrales y enemigo de ellas por temperamento, á la inversa de Bolívar, se ruborizó,

(15) Se ha dicho y se cree generalmente que el encuentro de los dos libertadores tuvo lugar en el malecón de la ría de Guayaquil. El general Rufino Guido, edecán de San Martín, y el coronel Manuel Rojas, secretario de la legación peruana, que se hallaban presentes, describen la escena en los términos del texto.

(16) Llamábase la joven Carmen Garaycoa, á quien el mismo Bolívar suplicó coronase á San Martín en el acto de la recepción. Vicuña Mackenna apud « El General San Martín », pág. 50 (nota).

y quitándose con amabilidad la corona de la cabeza, dijo: que no merecía aquella demostración, á que otros eran más acreedores que él; pero que conservaría el presente por el sentimiento patriótico que lo inspiraba y por las manos que lo ofrecían, como recuerdo de uno de sus días más felices. Luego que se hubo retirado la concurrencia, los dos grandes representantes de la revolución de la América del Sud, quedaron solos. Los dos permanecían de pie. Paseáronse algunos instantes por el salón, cambiando palabras que no llegaban á oídos de los edecanes que ocupaban la antesala. Bolívar parecía inquieto: San Martín, estaba sereno y reconcentrado. Cerraron la puerta, y hablaron sin testigos, por el espacio de más de hora y media. Abrióse luego la puerta: Bolívar se retiró impenetrable y grave como una esfinge, y San Martín le acompañó hasta el pie de la escalera con la misma expresión, despidiéndose ambos amistosamente. Más tarde, el Protector pagó al Libertador su visita, que fué de mero aparato y sólo duró media hora.

Al día siguiente (27 de julio), San Martín ordenó que se embarcase su equipaje á bordo de su goleta, anunciando que en esa misma noche pensaba hacerse á la vela, después de un gran baile á que estaba invitado. Señal que no esperaba ya nada de la entrevista. Á la una del día se dirigió á la casa del Libertador, y encerrados ambos sin testigos como la víspera, permanecieron cuatro horas en conferencia secreta. — Todo indica que este fué el momento psicológico de la entrevista. — Á las 5 de la tarde, sentábanse uno al lado del otro á la mesa de un espléndido banquete. Al llegar el momento de los brindis, Bolívar se puso de pie, invitando á la concurrencia á imitar su ejemplo, y dijo: — « Por los dos hombres más grandes de la América del Sud: el General San Martín y Yo ». — San Martín á su turno contestó modestamente, pero con palabras conceptuosas que parecían responder á una preocupación secreta: « Por la pronta conclusión de la

guerra; por la organización de las diferentes REPÚBLICAS del continente, y por la salud del Libertador de Colombia ». — Del banquete, pasaron al baile. — Bolívar se entregó con juvenil ardor á los placeres del wals, que era una de sus pasiones. El baile fué asumiendo la apariencia de una reunión de campamento llanero, por la poca compostura de la oficialidad del Libertador, que á veces corregía él con palabras crudas y ademanes bruscos, que imprimían á la escena un carácter algo grotesco. San Martín permanecía frío espectador, sin tomar parte en la animación general, observando todo con circunspección; pero parecía estar ocupado por pensamientos más serios. Á la una de la mañana, llamó á su edecán el coronel Rufino Guido, y le dijo: « Vamos: no puedo soportar este bullicio ». Sin que nadie lo advertiese, un ayudante de servicio le hizo salir por una puerta excusada — según lo convenido con Bolívar, de quien se había despedido para siempre, — y lo condujo hasta el embarcadero. Una hora después la goleta « Macedonia » se hacía á la vela, conduciendo al Protector. Al día siguiente levantóse muy temprano. Parecía preocupado, y permanecía silencioso. Después del almuerzo, paseándose por la cubierta del buque, exclamó: « El Libertador nos ha ganado de mano! » Y al llegar de regreso al Callao encargaba al general Cruz escribiese á O'Higgins: « El Libertador no es el hombre que pensábamos! » Palabras de vencido y de desengañado, que compendaban los resultados de la entrevista (17).

(17) En esta crónica de lo que puede llamarse la parte externa ú ostensible de la entrevista de Guayaquil, nos hemos guiado por los testimonios de tres testigos presenciales, directamente consultados: el almirante Blanco Encalada, el general Rufino Guido, edecán de San Martín, y el general Jerónimo Espejo, y además por una memoria inédita del coronel Manuel Rojas que se halló presente al acto.